

JUL. 1975

"LA PRENSA"

El Pleno Nombre del Perú

por Sebastián Salazar Bondy

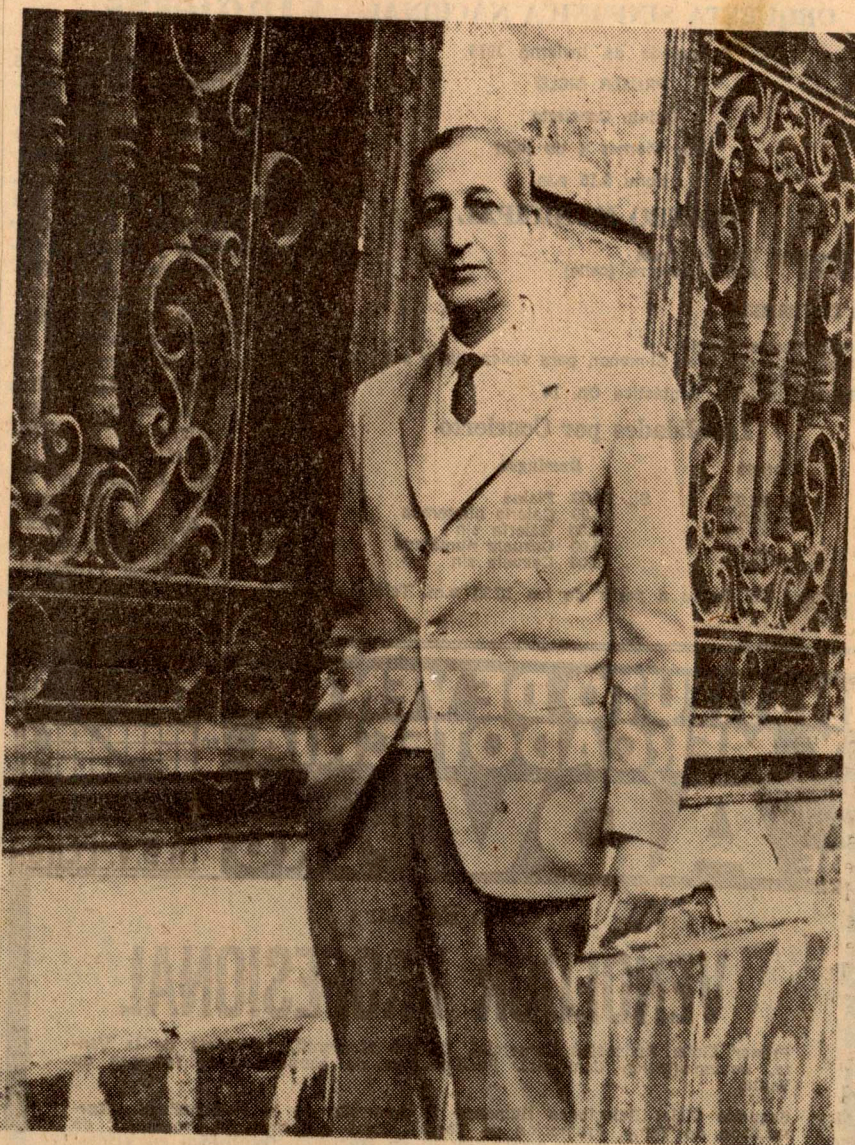
Publicamos a continuación un artículo aparecido en esta misma página en julio de 1958 en memoria del gran escritor.

He aquí un prodigio: decimos Perú y evocamos, como a través de un vertiginoso caleidoscopio, el primigenio calor materno, la mágica infancia de los juegos, el cielo terso o atormentado de los tiempos idos, el árbol a cuya sombra alguna vez reposamos, la vieja melodía que emana de la copiosa memoria, el río torrencioso descendiendo hasta los bosques, las montañas nevadas cuya cima hiende la infinitud, el poema en cuyos versos palpita nuestra esencial razón... Y más aún: un acto impetuoso, un simple rubor, un idilio encantado, una pasión tenaz, una y mil vidas, Perú podemos llamar, por eso, a todo lo que existe dentro y fuera de nosotros, y decir pan Perú, agua Perú, nube Perú, dolor Perú, amor Perú, sin que mintamos.

El buído y claro nombre de la patria es también una generosa invitación. No lo concebimos como un bien exclusivo, del cual queremos gozar sólo nosotros. Es un fruto abierto para todos los que aspiran a saciar su ansia de paz y plenitud, y como refugio se lo ofrecemos a quienes quieran, con el afecto, hacerlo suyo, tal cual alguna vez nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados, llegaron a su orilla como arribando a la tierra firme de la

cidas que rehuyen el combate y se abandonan a la muerte. Sólo así nuestra salud moral tendrá la iniciativa, moverá lo incommovible, transportará las montañas. Decimos Perú con amor y nos declaramos anónimos y laboriosos pioneros que construyen mientras caen y caen para volver a levantarse.

Costa de soledosos perfiles en la que brotan inesperados los oasis, Sierra de tajantes cuestras donde las aguas avanzan labrando su propio lecho, Selva de abrumadoras florestas que plantas y animales pueblan de belleza y horror, vienen en la palabra Perú, nombre que habla de fabulosos recuerdos y de grandiosas posibilidades. Ayer y hoy son en él un solo tiempo, y urbe, yermo, bosque, estepa o valle, un solo espacio. Perú, puro nombre sin fin ni confin. En él están el hombre de la ciudad y el de la plantación, el balsero lacustre y el que traza la vía forestal, el campesino de los andenes del Ande y el pescador que bordea las islas blancas. El mismo que urdiera la tela de Paracas, que torneara el vaso de Nazca, que puliera la piedra de Machu-Picchu, que tallara el púlpito de San Blas, que pintara el Cristo cholo de los temblores, que siguiera a Túpac Amaru, a Castilla, a Piérola. El mismo



esperanza. Lo amamos por propio y hospitalario, por nacional y humano, por americano y universal. Y queremos saber que las gentes que sueñan con encontrar la casa y el cariño familiar que perdieron, vendrán hacia este territorio de fuegos y hielos a poner los cimientos de una nueva casa y a sembrar el afecto de una nueva familia.

No ignoramos, sin embargo, que su nombre también es el hervor inicial y que, debido a ello, incluye males que sólo la maduración lenta de la historia irá desarraigando. En esos males, por cruentos que sean, está latente el tiempo venidero, que será dicho, porque la vida se fecunda con dolor y las lágrimas del nacimiento son el primer testimonio de la existencia. En tanto, en el rigor de estos años, seamos héroes que luchan por modificar la realidad, mejorándola, no sui-

hombre que viera cómo era derribado un imperio y cómo se alzaba de sus restos otro, en un ciclo que se repetirá, amasado con sangre y espíritu, mientras el mundo gire en los espacios.

Porque entre un nacimiento y una muerte, el Perú es eso que aspira por vez primera el cuerpo que acaba de nacer y eso que exhala la extenuada carne que pasa a las tinieblas, una loca esperanza que todos los días, al poseernos, proclama que estamos aquí, en este continente que emanó de las aguas con su naturaleza brutal y delicada en la aurora de la historia, para realizar un nuevo experimento de dicha humana. Perú, resurrección del hombre; Perú, amor; Perú, compromiso; Perú, deber; Perú, vida y eternidad. Cumplir, todos y cada uno, nuestra tarea, la que el nombre del Perú nos impone, será ser de verdad.